

den llamarse operaciones *ad intra* del alma. Es constante que el alma unida al cuerpo no conoce, no siente, si no es excitada por el cerebro, pero la fuerza de atencion no se desplega fuera del alma: la excitacion no es mas que una ocasion para que se ponga en ejercicio la fuerza de atencion; y aunque entre la excitacion del cerebro y la atencion del alma haya tanta armonía y tan exacta correspondencia, no por eso es la una causa eficiente de la otra: asi como, aunque es tan exacta la correspondencia que vemos entre los movimientos de la luna y el flujo y reflujó del mar, todavía no está demostrado que aquellos sean causa eficiente de estos. Tal vez con poca reflexion se figuraron algunos que el alma atiende á los movimientos ó modificaciones de su cerebro, y que, aplicando á ellos su atencion, en ellos sentia los objetos, en ellos conocia las cosas; como vemos en un espejo las imágenes de los objetos por la reflexion de la luz: mas, ¿por ventura estas modificaciones, estos movimientos, son ni pueden ser imágenes reflejadas de los objetos? ¿Son movimientos los que el alma siente, ó son sensaciones? Cuando obra un cuerpo inodoro sobre las pápilas nerveas de la nariz, siente el alma, pero no siente

olor. Es verdad que el movimiento que causa en las pápilas el cuerpo inodoro es distinto del que causa el cuerpo aromático; pero ni en uno ni en otro caso es el movimiento del órgano, del nervio, ni del cerebro lo que el alma siente, sino en un caso el olor que no está en el órgano, y en el otro la sensacion grata ó ingrata de aquel movimiento: pues si el alma sintiera el mismo movimiento del órgano, sabria como se hace, y lo ignora; puesto que aun los mas hábiles anatómicos no lo explican sino por conjeturas; unos por la sustancia del nervio mismo, esto es, por sus fibras: otros por el fluido nerveo que suponen que hay dentro del mismo nervio. Quede pues sentado que la fuerza de atencion que llamamos pasiva es una accion ó una fuerza del alma con la que, obrando sobre sí misma, conoce en sí misma los objetos que obran sobre los sentidos de su cuerpo: pero fuerza que no se pone en ejercicio ó no obra sino excitada por las modificaciones ó movimientos del cerebro.

La atencion activa es la accion *ad extra* del alma, y es verdaderamente una fuerza locomotriz. Esta obra inmediatamente sobre el cerebro, que es el órgano mas inmediato al alma. Por esta suspende

la fuerza de excitacion de unas partes del cerebro, y la excita, y sostiene, y la conserva en otras para sentir ó conocer lo que quiere, é impedir que otras excitaciones la distraigan de aquello á que quiere atender. Cuando muchas partes del cerebro están en accion capaz de excitar al alma, ésta es excitada, y atiende pasivamente á todas en el sentido que hemos explicado: pero tocamos por experiencia que el alma se desentiende de unas excitaciones, y fijando su atencion en otras va conociendo uno por uno los objetos que todas le excitaban á conocer á un tiempo; como me parece dijimos hace ya dias, en el ejemplo del que abre una ventana al ser de dia y por ella descubre un dilatado horizonte poblado de innumerables objetos, que no distingue á primera vista sino á proporcion que va conduciendo su atencion de unos á otros. En este caso la atencion del alma que al primer momento fué pasiva é inmanente, viene despues á hacerse activa, trasciende al cuerpo rehaciendo y obrando sobre las modificaciones de su cerebro, obligándolas á guardar en la excitacion cierto órden que no guardaron en el principio. Si dejamos caer una vara de metal elástico sobre todas las cuerdas de un instrumento, de un sal-

terio, por ejemplo, percibimos un sonido compuesto de los sonidos de todas las cuerdas, sonido confuso é indescrrible: mas, si levantando la vara vamos hiriendo una á una las cuerdas, entonces sentimos con distincion el sonido de cada una.

Sucede á veces que, hallándose en suspension las facultades del alma, nos da gana de pensar en alguna cosa sin determinarnos en qué; en este caso ya está el cerebro en movimiento, pero en un movimiento confuso como el de las cuerdas pulsadas á un mismo tiempo; entonces obra el alma sobre el cerebro, fija su atencion por el pronto en una de aquellas excitaciones, y si le place, se ocupa en ella conservando su atencion en la misma: si le desplace, recorre otras de las que á la vez se le presentaron, hasta que encuentra una que le agrada y se ocupa en contemplar el objeto que le representa, ó en gozar de la sensacion que le excita. Esto nos sucede cuando despertamos, y en muchas ocasiones de holganza y quietud.

Fuerza del alma sobre toda la máquina de su cuerpo; y primero respecto á los movimientos de éste en los que consiste su vida orgánica.

17. Pero la fuerza motriz del alma no

se limita solo al cerebro, sino que por medio de los nervios y de los músculos se extiende y dilata sobre todo su cuerpo, y esta fuerza suya se parece algun tanto en su eficacia y en su modo de obrar á la de su Autor: le basta al alma querer para obrar, sin necesidad de ir dirigiéndola paso á paso, digámoslo así, sino solo comunicando á los órganos el primer impulso. Esta fuerza motriz del alma es la causa de todos los movimientos del cuerpo, así de los que constituyen la vida orgánica del mismo, como de aquellos en que consiste la sensitiva y la racional, aunque por diferente manera. Los movimientos de la vida orgánica, que son los que concurren á sostener la máquina de nuestro cuerpo en accion, y el ejercicio bien ordenado de las funciones propias de los varios sistemas de órganos de que se compone esta máquina, no reconocen otra causa que el principio vital del hombre, que es su alma. Los anatómicos demuestran que estos movimientos están encañados unos con otros de tal suerte que son causas y efectos, efectos de unos y causas de otros: así como en una máquina de muchas piezas están estas colocadas con tal artificio que la una rueda, al mismo tiempo que es movida por otra,

mueve á otra distinta pieza. Pero convienen en que así como en esta máquina recorriendo la accion de cada una de sus piezas, se viene á dar en un primer resorte, que, sin recibir impulso de ninguna otra parte de la máquina, comunica el suyo á la inmediata, para que de esta vaya propagándose hasta la última: así en el hombre se observa que hay un principio distinto del cuerpo, que es el que da vida y movimiento á toda la máquina sin recibirlo de ella. Y este principio vital es el alma, que, á la manera que Dios en el Universo es el primer motor inmóvil que conserva en accion á la naturaleza haciéndola obrar segun las leyes que le prescribió en la creacion, á ese modo nuestra alma es el principio y causa de los movimientos en que consiste la vida del cuerpo á que está unida, al cual hace obrar segun las leyes que el Autor del alma y del cuerpo le impuso á una y á otro al criarlos y unirlos. Por eso el alma no puede variar, ni es ella quien dirige y ordena los movimientos de la vida orgánica de su cuerpo; apenas los siente alguna vez: no los conoce: los causa como un cuerpo produce el movimiento en otro sin poder hacer mas ni menos, ni obrar de otro modo que de aquel que

le señalan las leyes generales, á que obedecen todos los cuerpos en la comunicacion del movimiento, con la diferencia de que en estos no se concibe que obre el primero sobre el segundo sin suponer otro que haya obrado sobre el primero: mas el alma obra sobre el cuerpo sin que otro agente haya obrado sobre el alma, parecida en esto á la Divinidad. Preguntando por la causa de los movimientos principales de la máquina del Universo, venimos á parar en nuestro sistema planetario, en el sol, que es el motor de todos los astros que lo componen: pero si queremos averiguar como los mueve, nos dirán los filósofos, unos que por atraccion, otros que por impulsión: y bien, diremos, esa fuerza atractiva ó impulsiva ¿quién se la comunica al sol? En este caso, ó hemos de convenir en que se la imprime el Autor de esta grande máquina por sí mismo é inmediatamente, ó habremos de proceder por una serie infinita de causas que daria por resultado que no habia ninguna. Ademas, si es fuerza de atraccion, ¿cómo se comunica desde el sol hasta los planetas? No será en este caso el sol causa eficiente, sino solo ocasional del movimiento de ellos: así como decíamos del flujo y reflujo del mar, que tal

vez no será efecto del movimiento de la luna, sino este ocasion del flujo y reflujo.

Finalmente, del mismo modo que, por muy bien templado y muy elástico que sea el muelle real de un reloj, si el resto de la máquina, ó alguna de sus ruedas, está premiosa ó mal montada, ó carece de algunos dientes, el movimiento de la máquina es imperfecto, torpe ó desarreglado: y si al fin las ruedas se gastan, ó se atasca alguna, ó se atraviesa algun cuerpo extraño que embaraza del todo su movimiento: estos obstáculos insuperables hacen nula la fuerza del resorte, y cesa de andar el reloj: así nuestra alma, aunque siempre permanece capaz de comunicar á su cuerpo la vida y el movimiento, no se lo comunica sino en proporcion á la mayor ó menor disposicion en que este se halla para desempeñar las funciones de la vida orgánica, para las que recibe el primer impulso del alma: y cuando se inhabilita del todo para ejercerlas, cesan estas y se acaba la vida, no por defecto del principio vital, sino por incapacidad de los órganos.

Fuerza motriz del alma sobre los movimientos que constituyen la vida sensitiva exterior.

18. Para explicar como se ejerce la

fuerza motriz del alma respecto á los movimientos en que consiste la vida sensitiva, es necesario tener presente que pueden distinguirse dos vidas sensitivas en cada hombre, una exterior y otra interior. Aquella es la que empieza en las extremidades de los órganos de nuestros sentidos, y viene á parar por los nervios al cerebro, y de este se comunica al alma: esta en cierto sentido es una parte de la vida orgánica que consiste en el ejercicio de las funciones de uno de los sistemas de nuestra máquina, el sistema nerveo, con la diferencia de que las funciones de los otros sistemas no excitan en el alma sensaciones distintas, sino solo un sentimiento confuso de su ejercicio: mas las del sistema de los nervios sensorios excitan en el alma sensaciones claras y distintas de los objetos que las producen. Las funciones de los demas sistemas dimanán del alma como de su primer principio vital: mas las del sistema nerveo, aunque dimanán tambien del alma en cuanto son funciones orgánicas, para ponerse en ejercicio necesitan del estímulo ó impulsión externa de los objetos. Bien así como en una repetición, aunque los golpes del martillo sobre la campana sean efecto inmediato del impulso del muelle que se

comprime para hacerla sonar: no sonaría si el muelle real, motor interior y origen primero de todos los movimientos de la repetición, no vivificase, digámoslo así, toda la máquina con su elasticidad. Así es que el alma, supuesta la buena disposición de los nervios y de los sentidos, y dada la acción del objeto exterior sobre ellos, no puede dejar de sentir en sí misma la sensación correspondiente á aquella acción; mas por el contrario no puede tampoco por su fuerza motriz excitar ella sola en los órganos de los sentidos movimientos iguales á los que producen en ellos los objetos exteriores. Por mas que me empeñe en excitar en los órganos de mi tacto en el mes de agosto la impresión que producen en ellos las nieves de enero, jamas lo podré conseguir. Tal vez el cerebro, conmovido por algun accidente ó por una nimia atención del alma, podrá excitar en ella la memoria de algunas sensaciones; pero será tan remisa respecto de ellas como lo es la sombra respecto á la luz.

Fuerza motriz del alma sobre los movimientos en que consiste la vida sensitiva interior; y causa del influjo de lo físico sobre lo moral, y de este sobre aquel.

19. Acerca de la vida sensitiva interior es distinto el mecanismo de la fuerza motriz del alma. Consiste esta vida en los movimientos de los órganos interiores de nuestro cuerpo, que excitan en el alma sentimientos, afectos ó pasiones de las que hablamos ya. En cuanto á estos movimientos, no los puede impedir el alma cuando son excitados por causas materiales que residen en la misma máquina; así como no puede impedir el espasmo que le produce un dolor vivísimo. Y en esto se distingue primeramente la vida sensitiva interior de la exterior. En la exterior puedo yo, cerrando los ojos, dejar de sentir la impresion de la luz, y separando mis órganos de los objetos que no obran sobre ellos sino porque yo quiero, puedo hacer cesar la sensacion; pero me es imposible dejar de sentir, por ejemplo, un dolor de muelas. Esto nace de que las causas de las sensaciones internas no son objetos distintos de los órganos, sino los mismos órganos afectados de una manera

que el alma no puede ni evitar ni destruir casi nunca. Además, las impresiones que hacen los objetos externos en los sentidos se encuentran las mas veces debilitadas por otras muchas que simultáneamente llegan al alma, procedentes de los demas sentidos; empero las impresiones de los órganos internos van solas hasta el alma, á la cual por consiguiente no es fácil distraerse de ellas volviendo su atencion hácia otras distintas. Hay mas, y es que estos órganos, estos nervios que transmiten al alma las impresiones que producen en ella los sentimientos propios de la vida sensitiva interior, los afectos, las pasiones, ejercen sobre el alma una fuerza de excitacion mas viva, mas fuerte que la que ejercen los nervios de los sentidos, conductores de las sensaciones externas; y del mismo modo la fuerza del alma nunca obra con tanta energía como cuando se despliega sobre estos órganos interiores: lo cual es conforme al fin y al objeto con que obran en estos casos las dos sustancias, alma y cuerpo; porque, sirviendo estas excitaciones de los órganos interiores para comunicar al alma los avisos mas interesantes á la conservacion del individuo, debian ser mas poderosas que otras ningunas á fin de llamar su atencion y te-

nerla fija sobre ella. Son tambien conformes estas dos fuerzas respecto á los movimientos de la vida sensitiva interior de que vamos hablando, en que tan involuntarios como son los efectos que la fuerza de excitacion de estos órganos produce en el alma; tan irresistibles son los que el alma produce en esos órganos. Dijimos que el alma siente involuntaria y necesariamente las excitaciones del sistema nervioso interior que le producen placer, dolor, tristeza, temor, y los demas afectos ó pasiones: pues así tambien le sucede al cuerpo, como experimentamos á cada paso. Sucede, por ejemplo, que estando sano y alegre recibo una carta, y en ella la noticia de la muerte de mi madre; al momento se resiente lastimosamente toda mi máquina, á la manera que cuando experimenta algun flato ó desmayo: la impresion primera se siente en el cardias, ó, como llamamos, en la boca del estómago: una opresion, y en seguida un caimiento, una postracion de fuerzas que bajando al vientre lo abate, y afloja los nervios todos, y todos los músculos, y caemos á veces de espaldas, y empieza el llanto y los sollozos, suspiros, y tal vez entramos en convulsion. Esto prueba que cuando concibe el alma la tristeza sin influjo del

cuerpo, la fuerza motriz de aquella imprime en este de un modo irresistible los mismos movimientos que, excitados por causas materiales, producen en ella necesariamente esa misma pasion; y en esto consiste lo que llamamos influjo de lo moral sobre lo fisico, é influjo de lo fisico sobre lo moral del hombre. Penetrada el alma de cualquiera pasion ó afecto que han excitado en ella, no su cuerpo, sino motivos ó causas meramente espirituales, como el enlace que ve por su curso entre un hecho y sus consecuencias favorables ó adversas, obra irresistiblemente en el cuerpo. Amaba á su madre aquel que decíamos, y se gozaba en todo su bienestar, y recibia de ella socorros y consuelos: y de repente la noticia de su muerte le hace conocer que ha padecido, y que ya no existe, y desde aquel momento se considera privado de todos los dulces bienes y satisfacciones terrenísimas que de ella recibia. Aqui la tristeza está en el alma, y en el alma la causa de esta tristeza, no en el cuerpo. Otras veces es al contrario, padece el cuerpo, y este padecer causa en los órganos de la vida sensitiva interior mutaciones análogas á las mismas que produjo en ellos el alma en el caso anterior, y

entonces siente el alma tristeza y no sabe por qué: la causa está en el cuerpo: la pasión en el alma. Pues cuando las causas de las pasiones están en el cuerpo, se llaman *físicas*: si en el alma *morales*: cuando la causa de la pasión está en el cuerpo decimos que influye lo físico en lo moral: cuando al contrario, que lo moral en lo físico.

Efectos de las pasiones morales en el cuerpo.

20. Sígnese de aquí que las modificaciones ó movimientos de los órganos que corresponden á las diferentes pasiones del ánimo, unas veces son causas de ellas, y otras sus efectos. Y como el bien y el mal percibido por el alma son las causas que excitan en ella las pasiones morales; en las que excita el bien percibido por el alma, obrando esta sobre los órganos interiores de su cuerpo aumenta su movimiento y lo dirige del centro á la circunferencia: así sucede en el deseo, la esperanza, la alegría, el amor; se dilata la respiración y la circulación se hace mas libre y sossegadamente. Por el contrario, en las pasiones que excitan el mal percibido por el alma, la tristeza, el temor, el odio; los órganos del cuerpo que

constituyen el sistema de los nervios que se comunican con el gran simpático, toman en sus movimientos una dirección opuesta, esto es, de la circunferencia al centro: se encoje el corazón, se contrae el pulso, la respiración es mas corta y difícil, se desflocan los miembros y se abaten las fuerzas. En el primer caso parece que el alma sale á buscar el objeto de sus deseos, ó descansa gustosa en su posesión: en el segundo huye hácia sí misma para evitar su acción, y medrosa se acobarda y encoje, y se debilita. Todas las causas exteriores físicas espaces de excitar unas ú otras mutaciones en los órganos interiores: todas las enfermedades, indisposiciones ó alteraciones de la máquina del cuerpo que aumentan, disminuyen el movimiento, ó lo dirigen con extraordinaria violencia ó de la circunferencia al centro, ó del centro á la circunferencia, excitan en los órganos de la vida sensitiva interior lo físico de las pasiones.

Variedades de este influjo en los distintos individuos, y sus causas.

21. Échase aquí de ver mas que en otra cosa cuanta es la variedad de carac-

téres de los individuos de la especie humana: unos son mas propensos á unas pasiones, otros á otras: en unos se exaltan las pasiones con mas facilidad; otros apenas se afectan de ellas: unos se apasionan de cualquier cosa, pero sus pasiones se apagan muy pronto: otros solo se apasionan por causas graves, pero sus pasiones son mas violentas y mas tenaces. Hay pasiones que casi siempre son excitadas por causas físicas, la gula, la ira, la tristeza, el miedo, la lujuria, la pereza: otras que las mas veces son excitadas por causas morales, y nacen, por decirlo así, de la misma alma, la curiosidad, la soberbia, la envidia, la codicia, la esperanza, el deseo, el odio: á unos les afectan mas las pasiones físicas, á otros las morales. Todas estas diferencias resultan de las distintas organizaciones, esto es, de las variedades individuales que hay en la organizacion de los hombres, como indicamos ántes, y del distinto temple de sus almas, ó sus diferencias individuales. Ademas de estas causas lo es tambien la fuerza del hábito. Cuando el alma se ha prestado muchas veces á las impresiones físicas de una pasion, cuando los órganos se han prestado del mismo modo á la fuerza motriz del alma que, excitada por causas mo-

rales imprime en ellos los movimientos correspondientes á lo físico de la pasion que la afecta: en estos casos adquieren el alma y el cuerpo tal docilidad para seguir y obedecer á los impulsos reciprocos de las dos sustancias, que irremediable y aun necesariamente ceden la una á la otra. El influjo del alma, afectada de una pasion, sobre el cuerpo, y el de este sobre aquella es necesario, segun dejamos explicado; ni puede una causa moral excitar una pasion en el alma, sin que el cuerpo se resienta mas ó menos de los efectos de aquella pasion: ni pueden realizarse en el cuerpo los movimientos en que consiste lo físico de una pasion sin que el alma se afecte de la misma, bien mas, bien menos: por tanto es impracticable y ridicula la doctrina de los estóicos que intentaban extinguir las pasiones enteramente. Si la organizacion y el temple de alma; si los distintos hábitos nos hacen mas ó menos susceptibles de ellas, y que en unos sean mas violentas, mas remisas en otros; la razon, la reflexion y la gracia de Dios son las causas que pueden moderar solamente sus movimientos, y darles una direccion sábia y justa; á lo que sin duda contribuye mucho la ilustracion del entendimiento, y cierta elevacion y fuerza espe-

cial de unas almas que en otras no se encuentra jamas.

Fuerza motriz del alma sobre los movimientos en que consiste la vida racional.

22. Consideremos últimamente de qué modo desplega el alma su fuerza motriz para producir en el cuerpo los movimientos que pertenecen á la vida racional. En estos ella es la dueña absoluta y los dirige con entero desembarazo, supuesto el buen estado de nuestra máquina. Pero los dirige en grande, y con un imperio semejante al que usa su Autor cuando quiere mover los cuerpos. Quiero que se muevan mis dedos, y se mueven sin necesidad de que sepa el alma como se hace este movimiento, ni de que vaya intimando su mandato primero á los nervios y músculos que descienden desde el cerebro al húmero, y de aquí al codo, y de este á la mano, y de la mano hasta las últimas articulaciones de los dedos: sino que con un solo acto de la voluntad se aplica la fuerza motriz del alma sobre los nervios originarios ó primitivos y los músculos á ellos inmediatos, motores del miembro que yo quiero mover; y la impresion de esta fuerza se propaga rápidamente como por

una serie de cuerpos elásticos hasta el último que ejecuta el movimiento que he querido comunicarle; y en estas órdenes de la voluntad jamas, ó casi nunca se equivoca: casi nunca se mueve otro miembro en lugar del que el alma quiere mover; aunque, atendida la organizacion de nuestra máquina y los infinitos enlaces de unos músculos y nervios con otros, deberían ser muy frecuentes estas aberraciones, si no fuera tan atinada esta fuerza motriz. Es verdad que las primeras veces que queremos ejecutar un movimiento no se presta tan dócil el miembro que siga exactamente la direccion que le intenta dar la fuerza motriz del alma, especialmente si es algo complicado: vacila algun tanto, ó se equivoca, ó lo ejecuta con dificultad y torpeza, hasta que, repitiendo aquella fuerza sus esfuerzos, lo acaba de fijar con exactitud; pero esto lo consigue muy fácilmente, y una vez conseguido, es tal la prontitud y la exactitud con que se repite, que, aunque sea una serie de movimientos la que quiera excitar, le basta con imprimir al órgano el impulso para que ejecute el primer movimiento, y ya él solo maquinamente, como decir solemos, va ejecutando todos los que le siguen. Vese esto en los primeros movi-

mientos de los órganos con que se forman los sonidos articulados, ó las palabras, que al principio ejecutamos con dificultad, y en los que constituyen el ejercicio de los artes mecánicas que por el hábito se llegan á hacer maquinalmente sin atencion para dirigirlos.

Obstáculos que encuentra esta fuerza en el sueño.

23. Decia que para que así fuese debia hallarse la máquina en disposición de obedecer al imperio de la voluntad, ó á la accion de la fuerza motriz del alma; porque, así como aunque podamos levantar una piedra mediana, si está asida á otro pesadísimo cuerpo no la levantaremos: así tampoco podremos mover los miembros de nuestro cuerpo si están impedidos por algun obstáculo físico; como sucede en sueños, que, figurándonos amenazados de algun peligro, forcejamos por huir, y el alma quiere y no puede: el cuerpo no la obedece, porque los músculos demasiado flojos no están en estado de recibir las contracciones y dilataciones indispensables para ejecutar los movimientos que el alma quiere: y entonces sin moverse el cuerpo se cansa, y padece, y se fatiga tambien el alma, como lo experimentamos

al despertar. Lo cual es una prueba de que la fuerza motriz del alma es una verdadera fuerza, cuyos efectos son idénticos á los de otra cualquiera fuerza; puesto que obrando sobre su cuerpo, la de este se gasta y disminuye resistiendo, tanto como se perdería ó disminuiría resistiendo al impulso de la fuerza de otro cuerpo, segun que lo acredita el cansancio. En este caso se echa de ver una diferencia entre las fuerzas del espíritu y las de los cuerpos: estas se consumen si encuentran superior resistencia; mas la fuerza motriz del espíritu crece y se hace mas vigorosa cuando halla resistencia, como lo experimentamos en aquel disgusto que resulta en el alma cuando siente resistencia á su fuerza motriz, y no por eso se apaga, sino que, mas viva, redobla sus esfuerzos y conatos hasta que logra despertar dando á toda la máquina un nuevo tono, y despierto salta el hombre de la cama á veces y echa á huir si no se ha desvanecido del todo la ilusion del peligro. Cuando un cuerpo que lleva diez grados de fuerza topa en otro que le opone treinta grados de resistencia, se consumen aquellos diez grados, y el cuerpo que se movia se queda en quietud; no sucede así á la fuerza motriz del alma. Obra, por ejemplo, con

quince grados de fuerza sobre el cuerpo que le opone treinta de resistencia; no por eso se extingue, sino que sigue obrando aun con mas grados, y si estos no bastan aplica mas, y cuando estos no son suficientes se emplea en mover otros miembros que, prestándose mas dóciles á su impulso, obran de consuno sobre los que resisten por su entorpecimiento, hasta vencer del todo su resistencia.

Hay, pues, esta gradacion en la energía de la fuerza motriz del alma: respecto á la vida orgánica obra necesariamente y sin sentir que obra, ó sin tener esto que llamamos conciencia ó percepcion de su operacion; y así ni la puede suspender, ni aumentar, ni disminuir. Respecto á los movimientos de la vida sensitiva interna obra tambien necesariamente, pero puede aumentarlos ó disminuirlos aumentando ó disminuyendo lo moral de la pasion ó afecto. Respecto á los movimientos de la vida sensitiva externa la fuerza motriz es libre y necesaria; libre para aplicar los órganos de los sentidos á la accion de los objetos: libre para abrir ó cerrar los ojos (1), para dirigir la vista á este

(1) Esta se llama libertad de contradiccion para obrar ó no obrar.

objeto y no á otro (1): pero necesaria siempre que, aplicado el objeto al órgano del sentido sano, se comunica su accion hasta el cerebro. Respecto á los movimientos de la vida racional es el alma libre absolutamente, y su fuerza motriz obra en consecuencia de las determinaciones de su voluntad.

(1) Y esta se llama libertad de especificacion para obrar de este modo ó de otro.

EXTRACTO XII.

Esta es tu alma, Plácido, un Dios en miniatura, espiritual é inmortal, una, órden, amor, fuerza; se siente á sí misma y todo lo conoce en sí misma; se ama á sí misma necesariamente y por medio de su cuerpo, en el que preside como soberana, es dueña de sus acciones, libre, y la obedece la naturaleza en cuanto ella la necesita para hacer su felicidad. La felicidad á que puede aspirar en esta peregrinacion caminando como va hácia su verdadera patria el cielo, donde sabrá lo que es, lo que vale y todo lo que puede saber y sentir y obrar: sus facultades están ahora tan reducidas, tan entorpecidas, tan contrariadas que no desplegan sino una partecilla muy pequeña de su actividad. Aquí se ve obligada á estudiar por muy malos

libros muy imperfectos y desacomodados, cuales son las modificaciones de su cerebro. Figúrate tú un chino que tiene que hacer sus estudios en libros escritos en hieroglíficos, de los que cuentan sobre 800, y compara su suerte con la tuya que encuentras reducidos á 22 caracteres combinados de infinitas maneras todos los signos de tus ideas, y por ahí podras, aunque muy imperfectamente, echar de ver la distancia que hay de lo que ahora sabes, y aun de todo lo que puedes saber, mientras viva tu alma unida á tu cuerpo, y esté forzada á entender con subordinacion á las modificaciones de su cerebro, á lo que sabrá y la facilidad con que lo sabrá separada del cuerpo, ó unida á él, pero no como ahora, esto es, no en la dependencia de él en que ahora se halla. En cuanto á la facultad de sentir, ¿no ves cuantos entes hay que se cuentan por hombres y lo son en efecto, que por lo grosero y toscó de su organizacion mas parecen autómatos que seres sensibles? Al paso que hallas otros dotados de una organizacion tan delicada y fina que viven casi siempre agitados de sentimientos vivos, aun por causas de pequeña entidad. Sin embargo, aun la sensibilidad de estos tiene unos limites muy estrechos: tanto

sienten sus almas, cuantos grados de movimiento pueden adquirir sus órganos, desde el mínimo hasta el máximo. Están en cero los órganos del tacto con respecto al frío, cuando vivimos en una atmósfera templada al unísono con la superficie exterior de nuestro cuerpo; y llegan al cero inferior de la escala de la sensibilidad cuando, llevado el frío al máximo, obstruye, y entorpece, y pasma los órganos, haciendo cesar del todo su movimiento. Mas cuando nuestro sentir no sea por órganos tan limitados, ¿hasta cuánto te parece que sentirás? Aun ahora nuestros afectos, nuestras pasiones, son tanto mas vivas cuanto mas espirituales, es decir, cuanto menos acompañadas van de los movimientos de nuestros órganos: como se ve en el sueño cuando, á pesar de que estos son mas débiles que estando despiertos, son mas vivos, mas profundos mas animados nuestros afectos y pasiones á veces que en el estado de la vigilia y á presencia de los objetos, como se echa de ver en la duracion y viveza de las impresiones que dejan en el alma, y aun en el mismo cuerpo.

¿Cuanto vale tu alma! me decia conmovido aquella última tarde. ¿Qué cosa en este mundo debe serle mas apreciable,

Plácido, que tu alma? Ella se merece por todos títulos tu primera, tu principal atención. Si vive contenta, si está gustosa, ó satisfecha de sí misma, todo lo demás le es indiferente y lo lleva bien: si se agita, se afiije, si desespera de su bien, si yerra, si se abandona á los ímpetus violentos de sus pasiones, ni los placeres mas vivos que goce su cuerpo, ni los tesoros y bienes mas exquisitos que tu poseas, ni el hallarte sentado en el trono mas excelso del mundo, compensaría tu infelicidad interior. Esta alma habita dentro de tu cuerpo, y tu cerebro es su alcázar desde donde manda y dirige todas tus operaciones. Alcázar mezquino para su grandeza, humilde para su dignidad, caduco para su duracion, oscuro para su perspicacia, sucio é inundo para su delicadeza y primor. Pero en él ha de vivir, y de tal manera ha de vivir que nada puede hacer sin él, ni puede salir de allí para descubrir otros horizontes. Conviene, pues, esmerarse en asearlo, limpiarlo y adornarlo lo mejor posible para que le sea menos incómoda tan triste habitacion (1). Asear-

(1) *Restat unica salus, ac sanitas, ut opus mentis universum de integro resumatur; ac mens, jam ab ipso principio nullo modo sibi permittatur, sed perpetuò regatur. Baco. in orat. Novi organi.*

la, despejarla echando fuera cuantos muebles inútiles la ocupan, sin servir para nada sino solo de estorbo. Limpiarla, sacudiendo asimismo de ella y lanzando cuanto allí se encuentre que le sea al alma nocivo y perjudicial: dejando reducido el mueble de este alcázar á lo que á ella le sea útil y provechoso. Y adornarlo con muebles de buen gusto, y colocada cada cosa en su sitio y en el lugar que le corresponde; para que el buen orden en la colocacion haga mas fácil su uso y mas decente toda la decoracion del palacio.

Me explicaré. Ya te dije, Plácido, que en el cerebro quedaban gravados vestigios de cuanto sentimos y percibimos, tanto de los objetos que se nos han dado á conocer por medio de nuestros sentidos, como de las relaciones que hemos descubierto entre estos objetos; ó, si no son vestigios permanentes, son cierta disposicion en las partes del cerebro para volverlas á representar. Hay ademas en el cerebro una facilidad mas ó menos graduada para correr ó pasar de un movimiento á otro, segun los enlaces que se han formado con mas ó menos fuerza, de unos á otros; de lo que resulta que, excitado el primero, se reproducen los demas por el orden acostumbrado. En este sentido el cerebro es el

depósito de las sensaciones é ideas, y de los enlaces de las ideas que forman el total de tus conocimientos. Á él acude el alma para adquirirlos; á él para recordarlos, para combinarlos y darles el orden que deben tener. Ahora bien, sin vivir con mucho cuidado no puede dejar de poblarse el cerebro de inñinitas sensaciones inútiles, y aun nocivas, de innumerales ideas de la misma ralea: porque todos los órganos de los cinco sentidos, abiertos siempre y expuestos á la accion de todos los objetos que nos rodean, no cesan de gravar en el cerebro vestigios sobre vestigios, de hacer impresiones sobre impresiones, que una vez hechas no se borran del todo nunca jamas. Y si á esta involuntaria disipacion se allega un alma curiosa y zarahutera, que todo lo quiere ver, todo lo quiere oír, todo lo quiere saber, crece hasta la mayor confusion este almacen inmenso de chismes, que solo sirven de tropiezo y de estorbo cuando el alma quiere fijar su atencion sobre una cosa sola. Debes, pues, lo primero despejar en cuanto te sea dable tu cerebro de este farrago de impresiones inútiles; y lo segundo recoger tus sentidos, enfrenando tu curiosidad natural, subordinándola á la ley de la necesidad ó de la

utilidad, y circunscribiendo tus adquisiciones mentales á las necesarias ó útiles.

Despnes de limpiar así el cerebro en lo posible, y despejarlo de todo lo inútil, debes cuidar de lanzar fuera de él todo lo nocivo; y nocivo le es todo vestigio de ideas falsas, todo enlace disparatado, toda impresion capaz de trastornar tu razon separándola del camino de la verdadera felicidad. Estos son aquellos ídolos de Bacon que debe arrojar el alma de su cerebro para precaver el error: ídolos los llamó en lenguaje figurado, propio de su genio original, al que faltaban voces propias á veces para expresar lo que él concebía por primera vez y el primero. Y dice que son de cuatro clases; ídolos de la especie, *idola tribús*: ídolos de la cueva, *idola specús*: ídolos de la sociedad, *idola fori*: ídolos del teatro, *idola theatri*.

Idola tribús, ídolos de la especie humana: esto es impresiones comunes á todos los individuos de la especie humana, por las que se persuade el alma de que el universo que ella conoce por medio de los sentidos de su cuerpo, es ni mas ni menos que eso que los sentidos le representan y tal como ella lo percibe: sin advertir que todas sus sensaciones, todas sus percepciones son, como él dice, ex

analogia hominis, non ex analogia Universi: es decir, conformes al medio por el que las recibe, mas bien que al objeto exterior que en el sentido las produce. Porque el cerebro del hombre es como un espejo de superficie desigual en el que, hiriendo los objetos como otros tantos rayos, se modifican abultándose, achicándose ó desfigurándose; y que la mezcla, digámoslo así, de la naturaleza del espejo y sus cualidades con la naturaleza de las cosas, tuerce á esta y la varia. Entes dotados de sentidos distintos de los nuestros, verian el Universo de un modo distinto que nosotros lo vemos: verian otro Universo distinto del que vemos nosotros. Y si entrásemos en disputa con ellos seria interminable, no pudiendo convenir en que el mundo era lo que á ellos les parecia, ni lo que á nosotros: y la verdad es que unos y otros llevaríamos razon en no dársela á nuestros contrarios, y ninguno la tendria en sostener su opinion, porque en realidad no es el Universo ni lo que nos parece á nosotros, ni lo que á ellos se le figuraba que era.

Idola specús, ídolos de los individuos: cada hombre tiene su cabeza, como solemos decir, su cueva particular en la que se anidan sus preñiareas idolillos,

formados por su temperamento, su carácter individual y otras circunstancias. El medroso ve duendes y espectros: el vivo de imaginacion se fragua mil fantasmas; á lo que contribuye sobremanera la educacion que recibimos infantes de nuestras madres y personas que entonces cuidaban de nosotros. Aquí se anidan tambien las simpatías y antipatías así físicas como morales: aquellas que nacen de la especial disposicion de estos órganos que ocasiona al alma ó placer, ó repugnancia y disgusto, á consecuencia de las impresiones que hacen en ellos estos ú otros objetos. Resultando de aquí que unos objetos mismos son agradables á unos, desagradables á otros. Las simpatías ó antipatías morales son efectos de ciertos enlaces de ideas fuertemente formados que hacen no poder percibir un objeto sin ir acompañada su percepcion de alguna otra molesta que nos lo hace aborrecible; y por el contrario las simpatías, como las que se forman en el alma de los chiquillos respecto á los maestros que los castigan ó reprenden, ó respecto á los criados ó criadas que los adulan y los consienten.

Idola fori, ídolos de la plaza, son los que se adquieren continuamente en la sociedad. En ella, dice Bacon, los hombres

se comunican sus pensamientos por medio de palabras. Pero el valor de estos signos es tan vario, tan inexacto las mas veces, tan indeterminado: ademas, su inteligencia es tan distinta en los varios individuos que hablan, que las mas veces ni el que habla ha fijado para sí el valor de las palabras de que usa, ni el que oye las entiende como el que las pronuncia, de lo cual resultan infinitos errores. Ni pueden calcularse los que están sancionados en estas sociedades que llamamos *Naciones*, y en cada una de las clases de que se compone cada sociedad de estas. Finalmente, apenas nos acercamos vez alguna al trato social que no encontremos con personas ó llenas de errores y preocupaciones, ó agitadas de pasiones violentas, ó directamente interesadas en trastornar nuestra pobre razon, llenándonos de idilios perjudiciales con sus lisonjas, con sus chismes, con sus embustes; y lo peor es que, por mas prevenidos que estemos, rara vez dejan de hacernos daño.

Idola theatri, ídolos del teatro: así llama Bacon á las falsas impresiones que recibimos en nuestra educacion literaria y en nuestros estudios, así de los maestros como de los libros; en los cuales se aprenden mas errores á veces que verdades, y

errores los mas nocivos, así por la autoidad que los hace mas respetables, como por nuestro orgullo que nos los hace mas apreciables como fruto de nuestras tareas. Y si alguna vez tenemos la felicidad de empezar á desengañarnos, se pierde tanto tiempo en olvidar los malos estudios como se empleó en hacerlos.

Esta, como ves, es una reseña ligerísima de las infinitas sabandijas y titeres que se anidan en nuestros cerebros. Teson y firmeza, y constancia grandes son necesarias para desvanecerlos y disiparlos, si ya no es imposible conseguirlo del todo. A esta diligencia, que debe ser continua, se sigue la que debes poner en que esos vestigios que pueblen tu cerebro, esas ideas que ellos excitan estén bien colocados cada uno en el lugar que le corresponde, quiero decir, que estén coordinados formando enlaces ajustados exactamente á los originales que representan. La impresion, la pintura de una ciudad, de un jardin, de un libro esté gravada en el mismo orden que están colocadas las partes de la ciudad, del jardin, ó del libro, ó de cualquier otro objeto así natural como artificial: para esto es necesario no contentarnos con adquirir nociones confusas de los objetos; sino ir observándolos

por el mismo orden que guardan sus partes para que se impriman en el cerebro, de tal manera que, cuando nos las queramos representar las hallemos combinadas con el mismo orden que tienen en el objeto á que corresponden.

Finalmente, Plácido, si despejado tu cerebro de lo inútil, si expurgado todo lo nocivo, si coordinados sus vestigios, aquellos que deben excitar en tu alma ideas útiles y provechosas, ideas verdaderas y conducentes para tu bien y felicidad, coordinados, digo, ó enlazados y encadenados sus movimientos en series conformes al enlace natural y justo que guardan entre sí los objetos que ellos representan al alma: tiene esta la energía necesaria para conservarlo en cierta quietud y sosiego, de arte que no se anticipe á excitar con sus movimientos en ella ideas que no le pide; ó pueda reprimirlo y acallararlo si se inquieta y agita: si tiene, repito, la energía necesaria para excitar en el mismo cerebro los movimientos ó series de movimientos correspondientes á las ideas en cuya meditacion quiere ocuparse venciendo al intento la torpeza que á veces padecen los órganos, aun del cerebro mismo: entonces hay aquel silencio de paz en el espíritu, en el cual se en-

cuentra expedito para hacer hablar, digámoslo así, á las partes del cerebro que quiera y del modo que le convenga. Esta es la posición á que debe aspirar el alma: en ella se conoce, se aprecia, y se hace respetar y obedecer de todo lo que le es inferior; así es como obra con tino y con fruto para hacer su verdadera felicidad.

Y no creas tú que esta situación venturosa exige siempre un trabajo impropio ni un estudio profundo. Si tú visitaras conmigo algunas familias de esos cortijos que se ven á lo lejos, tratarías almas privilegiadas que, sin saber lo que gozan, gozan de esta felicidad. Su curiosidad está circunscrita á estos horizontes, y no conoce otros estímulos que sus necesidades ó su utilidad. Afortunadamente poseen un temperamento moderado en el que no predomina con nimio exceso ninguno de los sistemas particulares de su organización, ni alguna de las cualidades de sus fibras, de que te dí una idea. Ven al mundo como lo han menester. Tienen poca sociedad, y sus palabras son claras, sencillas, sinceras y de un sentido exacto, por las relaciones que están acostumbrados á observar entre ellas y los objetos que representan; sin haber estudiado sistemas filosóficos, ni haberse quebrado la cabe-

za en leer apenas mas que un catecismo

*Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas, ni cuentos;
Cuando quieren escribir
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres, ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto.
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones, ni pleitos:
No murmuraron del grande,
Ni ofendieron al pequeño.....
Nunca como yo firmaron,
Parabien, ni pascuas dieron.*

Han coordinado sus conocimientos segun los grados respectivos de su utilidad por el mismo orden en que se los ofrece la naturaleza, y en el que sus necesidades se los han ido haciendo adquirir, y ajustada la marcha de sus pensamientos á la del sol, del día y de las estaciones del año, ven sucederse estas á paso sosegado y uniforme sin agitacion ni alborotos. En una palabra, se encuentran dado por las circunstancias en que viven la mayor parte del trabajo y excusada mucha de la fatiga que tenemos que emplear para conseguir aquel bien los que hemos visto y oído, y leído mucho, y hemos vivido en

las grandes sociedades y nos hemos llenado estas pobres cabezas de errores, de preocupaciones y de fantasmas, á fuerza de estudio.

Sin embargo, no por eso hay que desalentarse: energía, y vigor y resolucion en el alma es lo que se necesita para destruir tanto y tan malo como á tanta costa hemos adquirido, hemos edificado; y si no nos podemos lisonjear de destruirlo todo, ni de poner este alcázar á nuestro gusto, ni aun de que una vez limpio y aseado, y bien ordenados sus adornos, y quieto y tranquilo, perseverar por mucho tiempo en tan bello estado; no por eso debemos abandonar nuestro propósito.

Empleamos la mayor parte de nuestra vida en cuidar de este cuerpo, porque es tan deleznable y tan frágil, que no puede conservarse sino con mucho esmero. El sueño y el sustento, y el tiempo que empleamos en ganarlo ocupan casi toda la extension de nuestra existencia sobre la tierra, sin hablar del que desperdiciamos en diversiones frívolas, y el que se consume en exigencias importunas del trato humano, visitas, tertulias y cumplidos. Sé, Plácido, siquiera por algunos momentos tuyo: vive algun tiempo para tu alma, y no permitas que consu-

man toda tu vida objetos y ocupaciones de menor importancia ó de ninguna. Entrate contigo en tu espíritu: mirate allí y remírate, y medita sobre tí mismo, y en lo pasado toma lo conveniente y prepara los planes de tu conducta en el porvenir. A esto debes destinar horas y dias señalados, si quieres merecer el nombre de filósofo, y serlo en realidad.

Las últimas palabras de Teodoro estrechándome en sus brazos al despedirme de él para volver á mi país, fueron: *Serás dichoso, Plácido, si sabes conservarte en sencillez de deseos, suavidad de afectos, y silencio de paz.*

ERRATA.

Pág. 317. lín. 25.

Dice: Fuerza de excitacion con que obra el alma.

Léase: Fuerza de excitacion con que obra el cuerpo sobre el alma.